

Poemas sueltos

I

A Leticia Luna

El horizonte es una cálida siesta matutina
Y en el camino hacia Teotihuacán
se ven las casas en la montañita
donde una niña sorbe el agua de los cielos.
Leticia mira los espacios.
Los negros ojos están cercanos
al pulque de la mañana.
Razono sobre las destrucciones nucleares
y ya entre los despojos de la vida
se yergue un Amazonas lúcido.
La poesía de Leticia
está alumbrando las telas de la araña
que se expanden entre las tunas.
Y recuerdo que su madre se fue pronto
y la vida comenzó a rasgar
los siete velos de la incógnita
en sus acanaladas manos
por donde un fruto de Frida
se come como si fuera páramo.
Oh extraña mezcla de silencios
por donde Benjamín
musicaliza un tropo
y María Teresa Vera
llega al oído fulminante de mi tristeza.
Leticia es aire y es buena de la tierra.
Tiene pequeñas gotas de sangrita
por su pelo de vetas coloreadas.
No canta
pero mira hasta el fondo de las cosas
como si el esqueleto del mundo la mirara.
Sabiduría en pleno
difumina al obispo que restringe
la salud y la locura.

Todo a su lado es más artístico
 que una fuente en el parque
 del David o del águila.
 Quiero su frente innata como si los crepúsculos
 comenzaran a consumir los estadios de la contaminación.
 El mole es exquisito
 pero yo me alimento de su mirada oscura.
 Caen palomas sin huesos
 desde su caminar del puente a la alameda.
 Perdidas en Chapultepec
 nombres son como tiempo para reconocerla.
 El éxtasis me invade.
 Torpe me vuelvo como si Tristán Tzara
 me diera avisos para Juana.
 En lo que Maricruz me brinda un vino intenso
 desde su miradita perdida por el zócalo.
 Yo tengo en esa luna
 la luna de los cuartos menguantes del no límite
 Nada se acaba con Leticia
 ni la muerte tiene punzón de hierro
 para mi esperar y esperar.
 Soy como un grabatinta
 entre aquellos soneros
 y la voz picassiana de Benjamín
 en la cueva del oso
 donde bebo y me expando.
 Leticia es fija al aire
 como una nube ágil de color definido.
 Ahora siento el vacío
 el vacío infinito de lugares y mares
 por los ojos más oscuros del continente todo
 que sostienen desde Luna
 mis paredes más grises.
 Soy feliz. Soy acuosa.
 El recuerdo es un monte donde poder morirse.

II

En la vertiente de los mares
 Un brote de tierra malva
 Perseguida por pájaros
 Imbricados a la maleza y a la roca.
 Perturba seguir la huella de los gastados pastos
 Por donde el carretón aniquila la tarde.

El viejo tiene Andrómedas de aire
Por el resbaladizo mundo en el que vive.
Anochece y de pronto
Las madrugadas son los cantos operáticos
En los que hay una historia de la muerte del amor
Y el triunfo de cierta malignidad humana.
Ningún final feliz espera en el amanecer
Me ensimismo y me fugo
Mientras la bolsa carga la lluvia
Que desgranando el cielo
Como un ciclo de naturalezas vivas
Insiste en la esperanza.
Me ensimismo y me fugo
Mis pies acalambrosos por el frío incipiente
Retornan al tablero de ajedrez.
El caballo me mata
Con un salto de dos
Me come y me liquida.
Soy pues en la trastienda
El objeto inusual.